

ENCICLICA "AD DIEM ILLUM LÆTISSIMUM" (*)

(2-II-1904)

ANUNCIO DEL JUBILEO EXTRAORDINARIO HECHO AL ORBE CATOLICO
A PROPOSITO DEL 50º ANIVERSARIO DEL DOGMA DE LA
INMACULADA CONCEPCION

PIO PP. X

*Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica*449 1. **Causas que motivan la encíclica.**

Dentro de pocos meses el curso del tiempo nos hará llegar al día gozosísimo en el cual se cumplirán cincuenta años de aquel otro en que, rodeado de un magnífico acompañamiento de Cardenales y Obispos, Nuestro predecesor Pío IX, Pontífice de santa memoria, con autoridad de infalible magisterio, declaró y promulgó ser revelación divina que la Beatísima Virgen MARÍA, desde el primer instante de su Concepción, fue preservada de toda mancha de pecado original. Con qué ánimo y con cuánto público regocijo y alegría recibieron los fieles de todas las naciones aquella proclamación, no hay nadie que lo ignore, y fueron tales, en verdad, que no hay memoria de otra manifestación en honor de la Augusta Madre de Dios, o de adhesión al Vicario de Jesucristo, que fuera más universal o unánime.

Ahora bien, Venerables Hermanos, ¿por qué razón no hemos de esperar que, aunque hayan transcurrido cincuenta años, al renovarse la memoria de la Inmaculada Virgen se despierte en las almas un como eco de la santa alegría de entonces, y no hayan de repetirse los magníficos espectáculos de fe y amor hacia la Augusta Madre de Dios que presenció aquel lejano día? Hácennoslo desear ardientemente la devoción que, unida a la suma gratitud por los favores recibidos, siempre hemos alimentado hacia la Santísima Vir-

gen, y nos asegura el cumplimiento de Nuestro deseo el fervor de todos los católicos, pronto siempre y dispuesto a multiplicar las muestras de afecto y obsequio a la gran Madre de Dios, María Santísima.

2. **Cumplimiento de las esperanzas de Pío IX.** Mas no queremos callar que este deseo Nuestro se halla estimulado por cierto secreto presentimiento de Nuestra alma, de que se cumplirán en un porvenir no lejano las esperanzas, de ningún modo temerarias, que hizo concebir a Nuestro predecesor Pío IX y a todo el Episcopado del mundo la solemne definición del dogma de la Concepción Inmaculada de María.

Muchos hay, a decir verdad, que se lamentan de que hasta hoy no se hayan cumplido esas esperanzas, y que una y otra vez repiten estas palabras de Jeremías: *Aguardando estamos la paz, y este bien no viene; que llegue el tiempo de nuestro remedio, y sólo vemos terror*⁽¹⁾. Mas, ¿quién habrá que no reprenda por *hombres de poca fe* a los que tal dicen, los cuales no ponen el pensamiento en conocer las obras de Dios, o considerarlas a su verdadera luz? Y, en efecto, ¿quién podría enumerar los secretos dones de gracia que, por intercesión de la Virgen, durante todo este tiempo ha derramado Dios sobre su Iglesia? Y aun cuando se omita la cuenta de estos dones, ¿qué

(*) ASS. 36 (1903/04) 449-462.

(1) Jeremías, 8, 15.

no habrá que decir del Concilio Vaticano, con tanta oportunidad reunido, o de la infalibilidad pontificia, proclamada tan a punto contra los errores que iban a levantar cabeza, o, finalmente, del nuevo y nunca visto fervor de piedad con que los fieles de toda clase y de toda nación acuden en persona a venerar al Vicario de Jesucristo? ¿Y acaso no aparece admirable la Providencia de Dios en dos de Nuestros predecesores, a saber, Pío IX y León XIII, que en tiempos turbulentísimos rigieron santamente la Iglesia con longevidad de Pontificado a nadie antes que a ellos otorgada? Añádase que, apenas proclamado por Pío IX como dogma de fe católica que MARÍA fue preservada de toda mancha original, en tierra de Lourdes comenzó la Virgen misma sus apariciones maravillosas, en memoria de las cuales, con magnífico y grandioso esfuerzo de la piedad, se edificaron dos templos a la Inmaculada, donde los prodigios que diariamente se obran por intercesión de la divina Madre son espléndido argumento contra la incredulidad de la época presente. Tantos y tan grandes beneficios, concedidos por Dios mediante la bienhechora intercesión de la Virgen en estos cincuenta años que pronto van a cumplirse, ¿por qué no han de convencernos de que la hora de Nuestra salud está más cercana de cuanto hasta aquí creíamos? Tanto más, cuanto mejor sabemos por experiencia que la Providencia divina nunca pone el extremo del mallejos del remedio. *Próximo a llegar está su tiempo, y sus días no están remotos. Porque tendrá compasión de Jacob y todavía escogerá algunos de Israel*⁽²⁾; de suerte que abrigamos la esperanza de que también Nosotros podremos repetir en breve: *El Señor ha hecho pedazos el cetro de los impíos... Toda la tierra está en silencio y en paz, y se huelga y regocija*⁽³⁾.

3. Razón principal: la restauración de todas las cosas en Cristo. Mas la razón principalísima, Venerables Her-

manos, de que el quincuagésimo aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada deba excitar un singular fervor en el ánimo cristiano, consiste para Nos en lo que ya dijimos en Nuestra primera Carta Encíclica, conviene a saber: en la *restauración de todas las cosas en Cristo*. Porque ¿quién no verá que no hay camino más seguro y expedito que María para llegar a Cristo y unirse a El y obtener por su medio la perfecta adopción de hijos, de manera que seamos santos e inmaculados a los ojos de Dios? Y, en efecto, si con verdad fue dicho a MARÍA: *Bienaventurada tú, que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor*⁽⁴⁾, es decir que concebiría y daría a luz al Hijo de Dios; si por esto recibió en su seno a aquel que por naturaleza es la Verdad, para que, “*engendrado por nuevo orden y con nueva natividad, invisibles en sí mismo, se hiciese visible con nuestra carne*”⁽⁶⁾, siendo el Hijo de Dios hecho hombre, autor y consumidor de nuestra fe, es del todo necesario que a Su Santísima Madre se la reconozca partícipe y algo así como guarda de los divinos misterios que, a modo de cimiento, el más noble después de Cristo Jesús, sostiene el edificio de la fe de todos los siglos.

4. María medio de llegar a Cristo. ¿Cómo pensar de otra manera? ¿No hubiera podido Dios darnos sin María al Salvador de la humanidad y Fundador de la fe? Mas, habiendo querido la Providencia divina que tuviésemos al Hombre-Dios por MARÍA, la cual, por obra del Espíritu Santo, le concibió en su seno, nada nos resta a nosotros sino recibir a Cristo de las manos de MARÍA. Así es que cuantas veces se habla proféticamente en las Sagradas Escrituras de la gracia que aparecerá entre nosotros, casi otras tantas nos presenta el Salvador de los hombres en compañía de su Santísima Madre. Saldrá el Cordero, dominador de la tierra, pero saldrá de la piedra del desierto; nacerá la flor, mas nacerá de la raíz de Jesé.

(2) Isaías, 14, 1.

(3) Isaías, 14, 5 y 7.

(4) Lucas 1, 45.

(5) S. Leo Mag., sermo 2º, *De nativ. Domini* vi cap. II (Migne PL. 54 [serm. 22 alias 21] col. 195-A).

A MARÍA, que quebrantaba la cabeza de la serpiente, miraba nuestro padre ADÁN, y se secaban las lágrimas que la maldición hizo brotar de sus ojos; en Ella pensó NOÉ, encerrado en el arca salvadora; en Ella ABRAHAM, cuando se detuvo al ir a sacrificar a su hijo; en Ella JACOB, al contemplar la escala por donde subían y bajaban los ángeles; en Ella MOISÉS, pasmado ante la zarza ardiente, que no se consumía; en Ella DAVID, cuando cantaba y bailaba delante del Arca; en Ella ELÍAS, al contemplar la nubecita que salía del mar. En suma, hallaremos en MARÍA, después de Cristo, el fin de la ley y el cumplimiento de las figuras y los oráculos.

Que por la Virgen, y por Ella más que por ningún otro medio, se nos concedió manera de llegar al conocimiento de Cristo, nadie lo podrá dudar si repara que Ella fue la única con quien Jesús, como conviene entre hijo y madre, estuvo en compañía y trato familiar treinta años. ¿A quién, mejor que a la Madre, fueron revelados los admirables misterios de la natividad y la infancia de Cristo, y sobre todo, el misterio de la Encarnación, principio y fundamento de nuestra fe? Y no solamente guardaba María y repasaba en su corazón cuanto había sucedido en Belén y había visto en Jerusalén en el Templo del Señor, sino que, conocedora de los pensamientos de Cristo y de sus secretos designios, puede decirse de Ella que vivió la vida de su Hijo. Por lo cual nadie conoció a Cristo tan íntimamente como Ella, nadie puede ser mejor guía y maestro que Ella para conocer a Jesús.

Síguese de aquí, como ya indicamos, que nadie es tampoco más apto que la Virgen para unir a los hombres con Cristo. Por lo cual, si, según la misma sentencia de Cristo, *la vida eterna consiste en conocerle a ti, Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú enviaste*⁽⁶⁾, consiguiendo nosotros por MARÍA el conocimiento de Cristo, por MARÍA conseguimos también más fácilmente aquella

vida de que Cristo es principio y manantial.

Y si nos ponemos a considerar un poco cuántos son y cuán grandes los motivos de que esta Madre Santísima ponga todo empeño en alcanzarnos tan preciosos dones, ¡cómo se dilatará nuestra esperanza!

5. La Sma. Virgen es Madre nuestra.

¿No es acaso MARÍA la Madre de Cristo? Por consiguiente, también es Madre nuestra. Nadie debe olvidar que Cristo-Jesús, el Verbo hecho carne, es también Salvador del linaje humano. Ahora bien; en cuanto Hombre-Dios, tuvo un cuerpo físico, semejante al de los demás hombres; en cuanto Salvador de la humana familia, tuvo un cuerpo espiritual y místico, a saber: la sociedad de cuantos creen en Cristo. *Formamos en Cristo un solo cuerpo*⁽⁷⁾. Pero la Virgen Santísima no concibió al Hijo eterno de Dios solamente para que se hiciera hombre tomando de Ella la naturaleza humana, sino también para que, por medio de la naturaleza adquirida de Ella, fuese el Libertador de los hombres. Por lo cual dijo a los pastores el Angel: *Hoy os ha nacido el Salvador; que es Cristo Señor*⁽⁸⁾. De manera que en el seno de su castísima Madre, Cristo tomó carne y unió a Sí el cuerpo espiritual, formado por todos cuantos habían de creer en El, y tanto es así, que al llevar en su seno al Salvador, MARÍA Santísima pudo decir que llevaba también a todos cuantos tienen la vida en la vida del Salvador. Y por esto, cuantos estamos unidos con Cristo y, como dice el Apóstol, *somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos*⁽⁹⁾, hemos salido del seno de María, a modo que el cuerpo sale unido a la cabeza. De donde se sigue que en modo ciertamente espiritual y místico seamos llamados hijos de MARÍA, y MARÍA Madre nuestra. Madre espiritualmente, pero verdaderamente Madre de los miembros de Cristo, que somos nosotros⁽¹⁰⁾. Pues si la Santísima Virgen es a un mismo tiempo Madre de Dios

(6) S. Juan 17, 3.

(7) Rom. 12, 5.

(8) Luc. 2, 11.

(9) Eph. 5, 30.

(10) S. August., lib. de S. Virginitate, c. 6, 6 (Corp. Scr. E. L. 41, pág. 240; Migne PL. 40, 399).

y de los hombres, ¿quién podrá dudar de que pone toda solicitud en que Cristo, *Cabeza del cuerpo de la Iglesia*⁽¹¹⁾, infunda en nosotros, que somos miembros suyos, sus dones, y, antes que ninguno, el de conocerle *para que por El tengamos vida*?⁽¹²⁾.

6. Unión de deseos y dolores entre Cristo y su Sma. Madre. Además, a María Santísima no correspondió solamente la gloria de haber dado la materia de su carne al Hijo de Dios, que había de nacer con miembros humanos⁽¹³⁾, de la cual materia se formó la víctima para la salud de los hombres, sino que también correspondió el oficio de custodiar y nutrir a la misma víctima, y, en el tiempo fijado, ofrecerla en sacrificio. De ahí aquella comunidad, jamás interrumpida, de vida y trabajos de la Madre y el Hijo, en términos que, aplicándolas a las dos, pueden repetirse estas palabras del profeta: *De puro dolor se va consumiendo mi vida y mis años con tanto gemir*⁽¹⁴⁾. Y cuando llegó para el Hijo la hora suprema, *junto a la cruz de Jesús estaba su Madre*, no ocupada sencillamente en contemplar el horror de aquel paso, sino *gozosa de que su Unigénito fuese ofrecido por la salud del humano linaje, y tomando además tanta parte en su Pasión que, de ser posible, hubiera preferido padecer Ella misma todos los tormentos que padecía el Hijo*⁽¹⁵⁾. Por esta comunión de dolores y deseos entre Cristo y MARÍA, MARÍA mereció *dianísimamente llegar a ser reparadora del mundo perdido*⁽¹⁶⁾, y, por consiguiente, dispensadora de todos los beneficios que Cristo nos granjeó con su muerte y su sangre.

7. Cristo Mediador ante el Padre. María Mediadora ante el Hijo. No negamos que la distribución de tales beneficios sea derecho propio y privado de Cristo, puesto que son fruto de su muerte y por sí mismo está constituido

en Mediador entre Dios y los hombres. Mas, sin embargo, por aquella mencionada participación de dolores y trabajos de la Madre y el Hijo, fue concedido a la Santísima Virgen que *fuese para con su Unigénito Mediadora y Reconciliadora poderosísima de toda la tierra*⁽¹⁷⁾. Síguese que Cristo es la fuente, que *de su plenitud hemos participado todos nosotros*⁽¹⁸⁾, que *de El todo el cuerpo místico, trabado y conexo entre sí, recibe por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente, el aumento propio del cuerpo para su perfección mediante la caridad*⁽¹⁹⁾, MARÍA, a su vez, como observa exactamente SAN BERNARDO, es el *acueducto*⁽²⁰⁾, o, si se quiere, el cuello, mediante el cual el cuerpo está adherido a la cabeza y la cabeza transmite al cuerpo la fuerza y la virtud, *porque ella es el cuello de nuestra Cabeza, por vía del cual todo don se comunica a su místico cuerpo*⁽²¹⁾. Por donde se ve que Nos nos hallamos muy lejos de atribuir a la Virgen la virtud de producir la gracia sobrenatural, lo cual sólo a Dios pertenece; mas aventajando MARÍA a toda criatura en santidad y unión con Cristo, y habiendo sido tomada por Cristo como cooperadora en la redención humana nos alcanza *de congruo*, como dicen los teólogos, la que Cristo *de condigno*, y es quien primero nos distribuye las gracias divinas. *Está sentado Cristo a la diestra de la Majestad en lo más alto de los cielos*⁽²²⁾; pues MARÍA sienta a su diestra como Reina, *segurísimo refugio y fidelísima auxiliadora de cuantos se hallan en peligro, tal que no haya lugar a temor ni desesperación bajo su guía y auspicio, su favor y su defensa*⁽²³⁾.

Supuesto todo lo cual y volviendo a Nuestro propósito, ¿quién no verá con cuánta razón hemos dicho que María, que desde la casa de Nazaret hasta el Calvario hizo constante compañía a Jesús, más que nadie conoció los secre-

(11) Colos. 1, 18.

(12) I Juan 4, 9.

(13) S. Bed. Ven., l. IV, in Luc. 11.

(14) Ps. 30, 11.

(15) S. Bonav., II Sent. d. 48, ad Litt. dub. 4.

(16) Eadmeri Mon., *De excellentia Virg. Mariae*, cap. (Migne PL. 159, col. 573-C).

(17) Pius IX, in Bull. *Inefabilis Deus*, 8-XII-1854 (en esta Colec. [en nota] nr. 30, p. 1997).

(18) Juan 1, 16.

(19) Efes. 4, 16.

(20) Serm. de temp. in Nativit. B. Virg., *De Aquæductu*, n. 4 (Migne PL. 183, 440-A).

(21) S. Bernard. Serm. Quadrag., *De Evang. æterno*, serm. 10, a. 3, c. 3.

(22) Hebr., 1, 3.

(23) Pius IX, in loc. cit. (Ver nota 17).

tos de su Corazón, y administra, casi con derecho maternal, el tesoro de sus méritos, es el principal y más seguro apoyo para llegar al conocimiento de Cristo? Bien nos lo confirma la deplorable condición de cuantos por diabólico engaño, o por falsas doctrinas, creen poder prescindir del auxilio de la Virgen. Miseros e infelices, prescinden de María, so pretexto de honrar a Cristo, e ignoran que *no se halla al Hijo sino con María, Madre suya*.

8. Fin de las fiestas cincuentenarias, que se conozca a Cristo. Siendo así todas estas cosas, venerables Hermanos, a ese fin deben tender principalmente las festividades que por doquier se preparan en honor de la Inmaculada Concepción de MARÍA Santísima. En efecto, ningún obsequio puede ser más grato y acepto a MARÍA como que conozcamos, según conviene, y amemos a Jesús. Así, pues, acudan los fieles en gran número a los templos, celébrense pomposas solemnidades, haya públicos regocijos; todo ello contribuirá no poco a alimentar la fe. Mas si a todo esto no se junta el obsequio de la voluntad, tendremos no más que exterioridades y sólo apariencias de religión, viendo lo cual la Virgen, podrá quejarse de nosotros, diciéndonos aquellas palabras de Cristo: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí*⁽²⁴⁾.

9. Obediencia a los preceptos del Hijo de María. Porque no es sincera devoción a la Virgen sino aquella que nace de la voluntad, ni en este punto valen de nada las obras exteriores si van separadas de las del ánimo. Estas obras interiores han de tender únicamente a conseguir que en todo obedezcamos los preceptos del divino Hijo de María; pues si sólo es verdadero amor aquel que une las voluntades, necesario es que la voluntad de María y la nuestra sean una sola para servir a Cristo Nuestro Señor. Porque aquello mismo que la prudentísima Virgen dijo a los criados en las bodas de Caná, nos lo

repite ahora a nosotros: *Haced lo que El os diga*⁽²⁵⁾. Y el precepto de Cristo es éste: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos*⁽²⁶⁾. Sepa, por tanto, cada cual que si la devoción que siente a la Santísima Virgen no le aparta de pecar, o no le inspira el propósito firme de enmendarse de las malas costumbres, es vana y engañosa devoción, puesto que carece de su fruto natural y propio.

10. El dogma de la Concepción Inmaculada confirma esa obediencia. Si alguno desee una confirmación de todas estas cosas, fácilmente puede hallarla en el mismo *dogma* de la Concepción Inmaculada de la Virgen MARÍA. Porque omitiendo la tradición católica, fuente de verdad como la misma Sagrada Escritura, ¿cómo es que la creencia en la Inmaculada Concepción de MARÍA se ha mostrado en todo tiempo tan conforme al sentido católico, que ha podido tenérsela por incorporada al alma de los fieles y aun por innata en ellos? *Horrorízanos* —explica DIONISIO el CARTUJANO—, *horrorízanos que hubiera que decir que la mujer que había de quebrantar la cabeza de la serpiente hubiese sido alguna vez esclava suya, y que la Madre de Dios hubiese sido alguna vez hija del demonio*⁽²⁷⁾. No podía admitir el pueblo cristiano que la carne santa, incontaminada, inocente de Cristo se hubiese formado en el seno de la Virgen de una carne que, aunque sólo fuera por un instante, hubiese estado manchada. Y ¿por qué así, sino porque entre Dios y el pecado existe una oposición infinita? De aquí, sin duda alguna, el que el Cristianismo afirme universalmente que el Hijo de Dios, antes de que, tomando la humana naturaleza, *nos lavase de nuestros pecados con su sangre*, por singular gracia y privilegio hubo de preservar, libre de toda culpa original, desde el primer instante de su concepción, a Aquella en cuyo seno iba a hacerse hombre. Si tanto abomina Dios del pecado, que quiso que la que había de ser Madre de su Unigénito, no sólo estuviese limpia

(24) Mateo 15, 8.

(25) Juan 2, 5.

(26) Mateo 19, 17.

(27) 3 sent., d. 3. q. 1. (Dionisio, nac. en Rykel, Bélgica, 1402 murió en Roermond [Holanda, 12-III-1471]).

de toda mancha voluntaria, pero también, por don singularísimo, de aquella que todos los hijos de ADÁN, a modo de funesta herencia, llevamos con nosotros, ¿quién podrá negar que el primer deber de quien aspira a congraciarse con MARÍA Santísima, mediante la práctica de su devoción, consiste en domar las inclinaciones viciosas y corrompidas que nos arrastran al mal?

11. Imitación de los ejemplos de María. Y si, además, se quiere —y deben quererlo— que la devoción a MARÍA Santísima sea grande y en todo perfecta, es necesario pasar más adelante y procurar con todo empeño la imitación de los ejemplos de MARÍA. Es ley establecida por Dios, que cuantos ansían conseguir la eterna bienaventuranza imiten en sí mismos la forma de la paciencia y santidad de Jesucristo, *pues a los que El tiene previstos también les predestinó para que se hiciesen conformes a la imagen de su Hijo*, por manera que sea el mismo *Hijo el primogénito entre muchos hermanos*⁽²⁸⁾. Mas porque nuestra debilidad es tal, que fácilmente nos espanta la grandeza de tan gran modelo, la divina Providencia ha querido proponernos otro que, aproximándose tanto a Jesucristo cuanto es posible en la naturaleza humana, se acomode mejor con nuestra pequeñez. Este modelo es la Virgen Santísima. *“Fue tal María —dice a este propósito S. AMBROSIO—, que sólo con su vida ya hay enseñanza para todos”*. De lo cual acertadamente concluye: *“Tengamos siempre presente, como trasladada en imagen, la virginidad y la vida de María Santísima, en quien se reflejan como en un espejo, la hermosura de la castidad y la forma de la virtud”*⁽²⁹⁾. Pero si, como conviene a hijos, no se ha de prescindir de procurar la imitación de todas las virtudes de tan excelsa Madre, deseamos que los fieles se apliquen, ante todo, a reproducir en sus almas aquellas virtudes, que son las primeras, que dan nervio y vigor a la sabiduría cristiana, a saber: la fe, la esperanza y la caridad

para con Dios y los hombres, virtudes que resplandecieron en todos los sucesos de la vida de la Santísima Virgen, y que alcanzaron su mayor grado cuando asistió a su Hijo en la agonía. Crucificado Jesucristo y blasfemado por los que le acusaban de haberse *hecho Hijo de Dios*⁽³⁰⁾, María lo reconoció por tal, y adoró su divinidad con inquebrantable constancia. Lo recibió en sus brazos muerto y lo llevó al sepulcro; mas no dudó que había de resucitar. Y la caridad de Dios, en que se abrasaba, la hizo partícipe y compañera de la Pasión de Cristo; y al mismo tiempo que El, y sobreponiéndose a sus dolores, pidió perdón para los verdugos, que obstinadamente gritaban: *Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*⁽³¹⁾.

12. El dogma de la Concepción Inmaculada ayuda a conservar y aumentar las virtudes. Mas para que no se diga que Nos apartamos del tema de la Concepción Inmaculada de María, que es el motivo de dirigiros la presente Carta, veamos cuán grande y oportuno auxilio suministra ese dogma para conservar y fomentar convenientemente las antedichas virtudes. Y de hecho, ¿cuáles son los principios que proclaman los enemigos de la fe para derramar por todas partes el diluvio de errores, que hacen que la fe vacile en no pocas almas? Niegan que el hombre haya incurrido jamás en culpa y que por ello haya decaído de su primitiva nobleza, con lo cual tildan de fábula el pecado original y los daños que de él se siguieron, esto es, la corrupción del género humano desde su mismo principio, la consiguiente ruina de toda la humana progenie, los males que se introdujeron entre los hombres y la imperiosa necesidad de un Reparador. Admitido esto, a nadie se le oculta que ya no queda lugar para Jesucristo, para la Iglesia, para la gracia, ni para cosa alguna que exceda del orden natural, y, en suma, que todo el edificio de la fe se destruye hasta en sus mismos fundamentos. Por el contrario, crean los pue-

⁽²⁸⁾ Roman. 8, 29.

⁽²⁹⁾ De Virginitate, lib. 2, c. 11 (Migne PL. 16 col. 221-223).

⁽³⁰⁾ Juan 19, 7.

⁽³¹⁾ Mat. 27, 25.

blos y confiesen que la Virgen Santísima fue exenta de toda mancha desde el primer instante de su Concepción, con lo cual es necesario que admitan el pecado original, la redención de los hombres llevada a cabo por Cristo, el Evangelio, la Iglesia y, por fin, la misma ley del sufrimiento, en virtud de las cuales cosas todo lo que es racionalismo y materialismo se arranca de raíz y queda destruido, y queda al Cristianismo la gloria de custodiar y defender a la verdad. Mas esto no basta. Es vicio general de todos los enemigos de la fe, sobre todo en la edad presente, para borrar más fácilmente la fe de las almas, rechazar y recomendar que se rehace toda sujeción y obediencia a la autoridad de la Iglesia, así como a cualquiera autoridad humana, de donde procede el germen del anarquismo y cuanto hay de más contrario y pestífero para cuanto representa el orden natural y aun el sobrenatural. Pues esta misma plaga, tan dañosa para la sociedad civil, como para la cristiana, tiene su medicina en el dogma de la Inmaculada Concepción de MARÍA, por el cual todos nos vemos obligados a reconocer en la Iglesia una potestad que tiene que someterse, no sólo la voluntad, sino también el entendimiento, ya que precisamente por esta sujeción del entendimiento el pueblo cristiano alaba a la Virgen diciéndola: *Toda hermosa eres, María, y no hay en ti mancha original*⁽³²⁾. Y de esta manera queda de nuevo bien comprobada la justicia con que la Iglesia atribuye a la Santísima Virgen haber destruido *Ella sola todas las herejías en el universo mundo*.

13. Por la Concepción Inmaculada se confirma la Fe, se excitan la esperanza y la caridad. Si, como dice el Apóstol, la fe no es sino *el fundamento de las cosas que se esperan*⁽³³⁾, fácilmente se convendrá en que por la Concepción Inmaculada de la Virgen se confirma la fe, y, al mismo tiempo, se nos excita a la esperanza; tanto más, cuanto que la Virgen Santísima se vio libre de la

mancha original porque había de ser Madre de Cristo, y fue Madre de Cristo para que se reanimase en nosotros la esperanza de los bienes eternos.

Dejando a un lado la caridad con Dios, ¿quién que medite en la Virgen Inmaculada no se sentirá movido a cumplir fidelísimamente el mandato, que Jesús llamó suyo por antonomasia, de amarnos los unos a los otros como El mismo nos amó? Así describe SAN JUAN una visión divina que tuvo: *Apareció un gran prodigio en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas*⁽³⁴⁾. Nadie ignora que aquella mujer simbolizaba a la Virgen MARÍA, que incontaminada dio a luz al que es nuestra Cabeza. Y prosigue el Apóstol: Y estando encinta gritaba con ansias de dar a luz y sufría dolores de parto⁽³⁵⁾. Vio, pues, San Juan, a la Santísima Madre de Dios en la eterna felicidad, y, sin embargo, la vio angustiada con dolores de parto misterioso. ¿Qué parto podía ser aquél? Sin duda el parto de que nacemos nosotros, que, desterrados todavía, aun nos queda el ser engendrados para la perfecta caridad de Dios y la felicidad perdurable. Las ansias del parto muestran el deseo y la caridad con que desde las alturas del Cielo la Santísima Virgen vela y ora para que llegue a la plenitud el número de los elegidos.

Ardientemente deseamos que todos se empleen en conseguir esta misma caridad, tomando especialmente ocasión para ello en las fiestas extraordinarias que se preparan en honor de la Concepción Inmaculada de María Santísima. ¡Oh, cuán acerba y rabiosamente se persigue ahora a Cristo Jesús y a la Religión santísima fundada por El! Y con eso, ¡cuánto peligro se ofrece para muchos de que, arrastrados por errores tortuosos, abandonen la fe! *Mire, no caiga el que piensa estar firme*⁽³⁶⁾. Con humildes instancias y oración imploren todos del Altísimo, por intercesión de María, que cuantos hayan abandonado la Religión enmienden

(32) Gradual de la misa, Inmac. Concep:

(33) Hebr. 11, 1.

(34) Apoc. 12, 1.

(35) Apoc. 12, 2.

(36) I Cor. 10, 12.

su yerro, pues sabemos por experiencia que cuando procede del corazón y la apoya la Virgen, esta súplica no ha sido vana jamás. Ciertamente que los ataques contra la Iglesia nunca cesarán, *siendo como es forzoso que aun haya herejías para que se descubran entre nosotros los que son de virtud probada*⁽³⁷⁾. Mas la Virgen no cesará de socorrernos en nuestras angustias, por graves que sean, y de proseguir la lucha en que viene combatiendo desde su Concepción, de manera que todos los días podamos repetir: *Hoy ha sido quebrantada por Ella la cabeza de la anti-gua serpiente*⁽³⁸⁾.

14. Indulgencia del Jubileo. Y para que las gracias celestiales, con más abundancia que de ordinario, nos ayuden a juntar la imitación de la Santísima Virgen con los honores que más ampliamente le tributaremos durante el curso del año actual, y para que de esta manera consigamos más fácilmente restaurar todas las cosas en Cristo, siguiendo el ejemplo de Nuestros predecesores en los principios de sus Pontificados, hemos dispuesto conceder al mundo católico una indulgencia extraordinaria en forma de jubileo.

460 Por lo cual, confiando en la misericordia de Dios omnipotente, por la autoridad de los bienaventurados Apóstoles PEDRO y PABLO y en virtud de la potestad de ligar y desligar que a Nos, aunque indigno, ha conferido el Señor; a todos y a cada uno de los fieles de ambos sexos que habitan en esta nuestra ciudad, o que a ella vengan, y que desde la primera Dominica de Cuaresma, o sea el 21 de Febrero, hasta el día 2 de Junio, *inclusive*, festividad del *Sanctissimum Corpus Christi*, visiten tres veces una de las basílicas patriarcales, y, orando allí por algún tiempo, rueguen a Dios por la libertad y exaltación de la Santa Iglesia Católica y de esta Apostólica Sede, por la extirpación de las herejías, conversión de todos los que están en el error, concordia entre los Príncipes cristianos, paz y unidad de todo el pueblo fiel y por Nuestra

intención; y, además, dentro del tiempo dicho ayunen guardando la abstinencia un día, que será de los no comprendidos en el indulto cuadregesimal, y, habiendo hecho confesión de sus pecados reciban la Sagrada Eucaristía y a los demás fieles de dondequiera que sean, residentes fuera de la mencionada ciudad, que en el sobredicho tiempo o en el de tres meses, aunque no sean seguidos, y que fijarán a su arbitrio los Ordinarios en la forma más cómoda, y a condición de que sea antes del 8 de Diciembre, hayan visitado tres veces la Iglesia Catedral, si la hubiere, o la parroquial, o, en defecto de ésta, la principal, y cumplan devotamente las demás obras mencionadas, concedemos plenísima indulgencia de todos sus pecados, permitiendo que esta indulgencia, que no podrá lucrarse más que una sola vez, pueda aplicarse por modo de sufragio a las almas que salieron de esta vida unidas a Dios en caridad.

Concedemos, además, que los que están viajando por mar o por tierra, si cumplen en cuanto regresen a su domicilio las obras que quedan mencionadas, puedan ganar la misma indulgencia.

A los confesores probados de hecho por sus propios Ordinarios, damos facultad para que puedan conmutar por otras las obras por Nos determinadas, y esto así a los regulares de uno y otro sexo, como a cualesquiera otras personas que no puedan cumplirlas, e igualmente para que puedan dispensar de la comunión a los niños que nunca la hubieren recibido todavía.

Además, a todos y a cada uno de los fieles, tanto seculares como eclesiásticos, seculares o regulares, de cualquier Orden o instituto, aun de aquellos que es preciso nombrar especialmente, concedemos licencia y facultad de que, para este solo efecto, puedan elegir cualquier sacerdote, ya sea secular o regular, entre los aprobados de hecho (facultad de que podrán hacer uso hasta las religiosas, las novicias y las demás mujeres que viven en clausura, con tal de que el elegido esté aprobado para confesar religiosas), por el cual, duran-

(37) I Cor. 11, 19.

(38) Oficio, Inmac. Concep., II vesp. ad *Magnif.*

te el tiempo prefijado, unos y otras, hecha con él confesión con propósito de ganar este jubileo y cumplir todas las demás obras necesarias para lucrarlo, por esta sola vez y únicamente en el fuero de la conciencia, puedan ser absueltos de toda excomunión, suspensión o cualquier otra sentencia y censura eclesiástica, pronunciada o impuesta en cualquiera causa por ley o juez, aun las reservadas a los Ordinarios y a Nos o la Sede Apostólica, y aun en los casos reservados de modo especial a quienquiera que sea, al Sumo Pontífice y a la Sede Apostólica; y puedan ser también absueltos de todo pecado y exceso, aun los reservados a los mismos Ordinarios y a Nos y a la Sede Apostólica, imponiéndoseles primero una saludable penitencia y cuanto en derecho se les deba imponer, y si se tratase de herejía, después de haber abjurado y retractado los errores, según derecho; y además puedan los dichos sacerdotes conmutar por otras obras piadosas o saludables cualesquiera votos, aun los hechos con juramento y reservados a la Sede Apostólica (exceptuando los de castidad, religión y obligaciones aceptadas por tercero) y, dispensar a los penitentes, aun los regulares, constituidos en Orden sacro, de toda oculta irregularidad para el ejercicio de las mismas Ordenes y consecución de los superiores, contraída solamente por violación de censuras.

No entendemos dispensar por las presentes Letras de ninguna otra irregularidad, o sea de delito o de infamia, o por incapacidad o inhabilitación; ni derogar la Constitución, con las declaraciones anexas, publicada por BENEDICTO XIV, de feliz recordación, que empieza con las palabras *Sacramentum poenitentiae*; ni, por último, es Nuestra intención que de ningún modo puedan ni deban valer estas Nuestras presentes Letras con aquellos que hubiesen sido por Nos o por la Sede Apostólica o por cualquier Prelado o juez eclesiástico *nominatim* excomulgados, suspensos, entredichos o declarados incursos en otras sentencias y censuras, o públi-

camente denunciados, a menos que dentro del tiempo predicho me hayan satisfecho o cumpuéstose con las partes cuando fuere necesario. No obstante lo cual, Nos place conceder asimismo que en este año se conserve a todos entero el privilegio de ganar cualquier otra indulgencia, aunque sea plenaria, concedida por Nos o por Nuestros predecesores.

Y ponemos fin, Venerables Hermanos, a las presentes Letras manifestando de nuevo la gran esperanza que verdaderamente abrigamos de que por la gracia extraordinaria de este jubileo que Nos concedemos, bajo los auspicios de la Inmaculada Virgen MARÍA, muchísimos de los que míseramente están separados de Jesucristo vuelvan a El, y que el amor de la virtud y el fervor de la piedad florezcan nuevamente en el pueblo cristiano. Cincuenta años ha, cuando Pío IX definió y proclamó dogma de fe el misterio de la Concepción Inmaculada de la Santísima Madre de Dios, viose, como ya hemos dicho, que un tesoro increíble de gracias celestiales se derramaba sobre la tierra, y aumentada en todos la confianza en la virginal Madre de Dios, creció mucho la antigua religión de los pueblos, ¿Impide algo que Nos prometamos para el porvenir cosas todavía mayores? Ciertamente es que Nos encontramos en tiempo tan funesto, que podamos aplicarnos aquella lamentación del Profeta: *No hay verdad, no hay misericordia, no hay conocimiento de Dios en la tierra. La maldición y la mentira, y el homicidio, y el robo, y el adulterio lo han inundado todo*⁽³⁹⁾. Pero, sin embargo, en medio de este diluvio de males, a modo de iris se nos presenta ante los ojos la Virgen Santísima, como árbitro de paz entre Dios y los hombres. *Pondré mi arco en las nubes, y será señal de alianza entre Mí y entre la tierra*⁽⁴⁰⁾. Aunque la tormenta se desencadene y se entenebrezca el cielo, no tiemble nadie. Viendo a MARÍA, Dios se aplacará y perdonará *Mi arco estará en las nubes, y viéndole, me acordaré de la alianza sempiterna*⁽⁴¹⁾. Y ya no habrá

462

(39) Os. 4, 1 y 2.

(40) Gen. 9, 16.

(41) Gen. 9, 13.

más aguas del diluvio que destruyan todos los vivientes⁽⁴²⁾. Ciertísimamente, si confiamos como es debido en María Santísima, sobre todo ahora que con más ardorosa piedad celebramos su Concepción Inmaculada, aun en estos tiempos conoceremos que es aquella misma Virgen potentísima *que con su planta virginal quebrantó la cabeza de la serpiente*⁽⁴³⁾.

(42) Gen. 9, 15.

(43) Oficio, Inmac. Concepción.

En prenda, Venerables Hermanos, de estas gracias, a vosotros y a vuestro pueblo concedemos con toda caridad en el Señor la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, a 2 de Febrero del año 1904, primero de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA X.